

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
 - **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
 - **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
 - **FRANCISCO – Ángelus 2013**
 - **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007**
 - **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
 - **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
 - **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
 - **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
 - **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
 - **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
 - **Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Vilamarí, Girona, España)** (www.evangelinet.net)
- ESPECIAL:**
- **Rito de clausura del Jubileo de la Misericordia en las parroquias.**

DEL MISAL MENSUAL

CON SU CONSTANCIA CONSEGUIRÁN LA VIDA

MI 3, 19-20; 2 Ts 3,7-12; Lc 21,5-19

El argumento que manejan el profeta Malaquías y el Señor Jesús en relación al futuro decisivo es muy distinto. El profeta sostiene la esperanza de los fieles, asegurando que tomarán venganza de los malvados, y que “los pisotearán como si fueran polvo”, una vez que llegue el día del Señor. El tono y el planteamiento que hace el Señor Jesús es diametralmente distinto: los discípulos no son alentados por ningún ánimo de rencor ni de venganza. Al contrario, les advierte y anticipa que por causa de su fe en Jesús, serán perseguidos y maltratados aún por sus parientes. La esperanza perseverante, la confianza en Dios que los asistirá para sobreponerse a la prueba, es lo que sobresale en esta exhortación. No es que el mensaje evangélico fomente la resignación y el amor al sufrimiento; lo que sí demanda es la fidelidad al Señor Jesús con todas sus consecuencias.

ANTÍFONA DE ENTRADA Jr 29, 1 1. 12. 14

Yo tengo designios de paz, no de aflicción, dice el Señor. Ustedes me invocarán y yo los escucharé y los libraré de la esclavitud donde quiera que se encuentren.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, Dios nuestro, alegrarnos siempre en tu servicio porque la profunda y verdadera alegría está en servirte siempre a ti, autor de todo bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Brillará para ustedes el sol de justicia.

Del libro del profeta Malaquías: 3, 19-20

“Ya viene el día del Señor, ardiente como un horno, y todos los soberbios y malvados serán como la paja. El día que viene los consumirá, dice el Señor de los ejércitos, hasta no dejarles ni raíz ni rama. Pero para ustedes, los que temen al Señor, brillará el sol de justicia, que les traerá la salvación en sus rayos”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 97, 5-6.7-8.9

R/. Toda la tierra ha visto al Salvador.

Cantemos al Señor al son del arpa, aclamemos al son de los clarines al Señor, nuestro Rey. **R/.**

Alégrese el mar y el mundo submarino, el orbe y todos los que en él habitan. Que los ríos estallen en aplausos y las montañas salten de alegría. **R/.**

Regójese todo ante el Señor, porque ya viene a gobernar el orbe. Justicia y rectitud serán las normas con las que rija a todas las naciones. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

El que no quiera trabajar, que no coma.

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 3, 7-12

Hermanos: Ya saben cómo deben vivir para imitar mi ejemplo, puesto que, cuando estuve entre ustedes, supe ganarme la vida y no dependí de nadie para comer; antes bien, de día y de noche trabajé hasta agotarme, para no serles gravoso. Y no porque no tuviera yo derecho a pedirles el sustento, sino para darles un ejemplo que imitar. Así, cuando estaba entre ustedes, les decía una y otra vez: “El que no quiera trabajar, que no coma”.

Y ahora vengo a saber que algunos de ustedes viven como holgazanes, sin hacer nada, y además, entrometiéndose en todo. Les suplicamos a esos tales y les ordenamos, de parte del Señor Jesús, que se pongan a trabajar en paz para ganarse con sus propias manos la comida.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 21, 28

R/. Aleluya, aleluya.

Estén atentos y levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación, dice el Señor. R/.

EVANGELIO

Si perseveran con paciencia, salvarán sus almas.

Del santo Evangelio según san Lucas: 21, 5-19

En aquel tiempo, como algunos ponderaban la solidez de la construcción del templo y la belleza de las ofrendas votivas que lo adornaban, Jesús dijo: “Días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra de todo esto que están admirando; todo será destruido”.

Entonces le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo va a ocurrir esto y cuál será la señal de que ya está a punto de suceder?”.

Él les respondió: “Cuidense de que nadie los engañe, porque muchos vendrán usurpando mi nombre y dirán: ‘Yo soy el Mesías. El tiempo ha llegado’. Pero no les hagan caso. Cuando oigan hablar de guerras y revoluciones, que no los domine el pánico, porque eso tiene que acontecer, pero todavía no es el fin”.

Luego les dijo: “Se levantará una nación contra otra y un reino contra otro. En diferentes lugares habrá grandes terremotos, epidemias y hambre, y aparecerán en el cielo señales prodigiosas y terribles.

Pero antes de todo esto los perseguirán y los apresarán, los llevarán a los tribunales y a la cárcel, y los harán comparecer ante reyes y gobernadores, por causa mía. Con esto ustedes darán testimonio de mí.

Grábense bien que no tienen que preparar de antemano su defensa, porque yo les daré palabras sabias, a las que no podrá resistir ni contradecir ningún adversario de ustedes.

Los traicionarán hasta sus propios padres, hermanos, parientes y amigos. Matarán a algunos de ustedes, y todos los odiarán por causa mía. Sin embargo, ni un cabello de su cabeza perecerá. Si se mantienen firmes, conseguirán la vida”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Credo

PLEGARIA UNIVERSAL: *ver al final el rito para la clausura del Año Santo de la Misericordia*

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, que estas ofrendas que ponemos bajo tu mirada, nos obtengan la gracia de vivir entregados a tu servicio y nos alcancen, en recompensa, la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Mc 11, 23-24

Cualquier cosa que pidan en la oración, crean ustedes que ya se la han concedido, y la obtendrán, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir, Señor, el don de estos sagrados misterios, te suplicamos humildemente que lo que tu Hijo nos mandó celebrar en memoria suya, nos aproveche para crecer en nuestra caridad fraterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Llega el día ardiente como un horno (Mt 3,19-20a)

1ª lectura

El profeta anuncia un día de justicia en el que los impíos serán destruidos, mientras que los justos serán premiados. El Señor no es ajeno a los cuidados y preocupaciones de los que le temen; más bien es como un rey soberano que anota en sus anales (cfr Est 6,1-3) los méritos de los justos (v. 16). Por eso, el día en que el Señor se manifieste será para los que le temen un día de gloria y de felicidad inexpressable (vv. 20-21), porque ellos son los protegidos de Dios (vv. 17-18).

La expresión «sol de justicia» (v. 20), aplicada a la venida del Señor, encuentra su eco en el Nuevo Testamento en el *Benedictus* o Cántico de Zacarías (cfr Lc 1,78). Por eso no es extraño que en la tradición cristiana se aplique a Jesucristo: «El Señor ha venido ciertamente en la tarde de un mundo en declive y casi cercano al fin de su curso, pero con su venida, puesto que Él es el *Sol de justicia*, ha regenerado un día nuevo para aquellos que creen» (Orígenes, *Homiliae in Exodum* 7,8).

Quien no quiera trabajar, que no coma (2 Ts 3,7-12)

2ª lectura

Pensando equivocadamente en la inminencia de la Parusía, había en Tesalónica algunos que no trabajaban. Por eso, el recuerdo del trabajo abnegado de San Pablo, para ganarse allí el sustento y no resultar gravoso a nadie, debía ser estímulo para los tesalonicenses. Los cristianos tienen que «cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. (...) La propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno» (Conc. Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 43). Ésta debe ser la actuación de cualquier cristiano responsable: trabajar con seriedad para dar gloria a Dios, atender las necesidades de la propia familia y servir también a los demás hombres. ***Cada uno en su tarea, en el lugar que ocupa en la sociedad ha de sentir la obligación de hacer un trabajo de Dios, que siembre en todas partes la paz y la alegría del Señor*** (San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 70).

No quedará piedra sobre piedra (Lc 21,5-19)

Evangelio

El discurso de Jesús viene provocado por la admiración de los discípulos ante la belleza del Templo «adornado con bellas piedras y ofrendas votivas» (v. 5). Herodes el Grande había emprendido en el año 20 a.C. la reconstrucción y ampliación del Templo, edificado tras el exilio de Babilonia (siglo VI a.C.). La obra se acabó el 64 d.C., es decir, poco antes de su destrucción por parte de Tito. La reconstrucción debía de estar muy avanzada en el momento en el que se produce este diálogo. Las proporciones colosales, la ornamentación armónica y la riqueza de los materiales empleados hacían del edificio el orgullo de cualquier judío de la época (cfr Flavio Josefo, *De bello iudaico* 184-237; *Antiquitates iudaicae* 15,11). De ahí las palabras admirativas de aquellos hombres y la respuesta sorprendente de Jesús.

Ante la pregunta de los discípulos (v. 7), Jesús anuncia la destrucción del Templo. Tal destrucción va a ir acompañada de la aparición de falsos mesías (v. 8), guerras y revoluciones (v. 9). Ante estos hechos el Señor les aconseja tener serenidad: «No os dejéis engañar» (v. 8), «no os aterrís» (v. 9). Además les anuncia que no son señales de que el fin sea inmediato (v. 9). Todavía tiene que llegar el «tiempo de los gentiles» que se predice más tarde (21,24).

A continuación (vv. 10-19), en continuidad con las guerras y revoluciones anunciadas antes, el Señor vaticina a los discípulos otros desastres (vv. 10-11), y las dificultades que van a tener que sufrir en la expansión del Reino de Dios: persecuciones, incompreensión, odio, etc. (vv. 12. 16.17). Dos notas presiden estas palabras de Jesús. En primer lugar, les promete la asistencia de Dios (vv.

14-15): las dificultades, por grandes que sean, no escapan a la providencia divina. Suceden porque Dios las permite, porque puede sacar de ellas bienes mayores. Las persecuciones serán ocasión de dar testimonio. Como dice una conocida frase de la primitiva apologética cristiana: *sanguis martyrum semen christianorum*, «la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos» (Tertuliano, *Apologeticum* 50,13).

Además, el Señor promete una asistencia especial: dará su sabiduría para defenderse y hasta lo que pueda parecer una desgracia será el comienzo de la gloria. En segundo lugar, les asegura la victoria que nacerá de su paciencia perseverante (vv. 18-19). Las frases de Jesús son así una exhortación a la paciencia como parte integrante de la fortaleza: «Es pues necesaria una virtud que conserve el bien de la razón frente a la tristeza, para que la razón no sucumba ante ella. Tal es la función propia de la paciencia, que es, según San Agustín, “la que nos hace soportar los males con buen ánimo, es decir, sin decaer, no sea que, soportándolos con impaciencia, perdamos los bienes que nos llevan a otros mayores”» (Sto. Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 2-2, 136,1). De ahí que, como afirman las palabras del Señor (v. 19), la paciencia nos salva, porque «el hombre posee su alma mediante la paciencia, en cuanto que arranca de raíz la turbación causada por las adversidades que quitan el sosiego del alma» (*ibidem* 2-2, 136, 2,2)

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

Anuncio de los últimos tiempos

No quedará piedra sobre piedra que no sea destruida, Después de lo anterior seguía la cuestión de la viuda, pero sobre este tema ya hemos hablado bastante en el tratado que escribimos acerca de las viudas, ahora lo dejaremos a un lado. Lo dicho en el texto se aplica con verdad plena al templo que construyó Salomón, igual que a su destrucción por el enemigo antes del día del juicio; pues es cierto que ninguna obra de nuestras manos puede existir sin que sea deteriorada por el tiempo, la mine la violencia o la consuma el fuego. Existe, sin embargo, otro templo, construido con piedras preciosas y adornado con ofrendas, que es el que parece el Señor significar que será destruido; en otras palabras, hace referencia a la Sinagoga de los judíos, cuya vieja construcción se disolvió cuando surgió la Iglesia. En verdad, también en cada hombre existe un templo que se derrumba cuando falla la fe, y, especialmente, cuando uno lleva hipócritamente el nombre de Cristo, sin que su afecto interior corresponda a tal nombre.

Quizás sea ésta la exposición que mayores bienes me reporte a mí. Porque ¿de qué me sirve saber el día del juicio? Y puesto que tengo conciencia de tantos pecados, ¿de qué me aprovechará el que Dios venga si no viene a mi alma ni a mi espíritu, si no vive en mí Cristo ni El habla en mí? Por esa razón Cristo debe venir a mí, su venida tiene que llevarse a cabo en mi persona. La segunda venida del Señor tendrá lugar al fin del mundo, cuando podamos decir: El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Ga 6, 14).

Pero si el fin de este mundo encuentra a tal hombre en lo alto de su casa (Mt 24, 17), de manera que es ciudadano del cielo por anticipado (Flp 3, 20), entonces será destruido el templo material y visible, así como también la Ley, la pascua y los ázimos materiales y sensibles; y ahora me atrevo a decir que el Cristo temporal existió para Pablo aun antes de que creyese en El (Ga 4, 14), ya que para quien el mundo ha muerto, Cristo es eterno. Para él tanto el tiempo como la Ley y la pascua son espirituales, puesto que Cristo murió una sola vez (Rm 7, 14); él se alegra con los ázimos (1 Co 5, 8), no elaborados con los frutos terrenos, sino con los de la justicia. El, en realidad, tiene muy presente la sabiduría, la virtud y la justicia, así como la redención; pues Cristo efectivamente

murió una sola vez por los pecados del mundo, pero con la intención de perdonar diariamente los pecados del pueblo.

Cuando oyereis hablar de guerras y revueltas. Al ser preguntado el Señor sobre cuándo acaecería la futura destrucción del templo y cuál sería el signo de su venida, El condescendió en hablarles de las señales, pero en cuanto al tiempo no creyó oportuno indicárselo. Sin embargo, Mateo añade una tercera pregunta (24, 1-3), de manera que los apóstoles interrogaron al Señor acerca del tiempo de la destrucción del templo, acerca de la señal de su venida y sobre el fin del mundo, pero Lucas creyó que sería suficiente saber cuándo vendría el fin de mundo si se daban las señales de la venida del Señor.

Nadie mejor que nosotros, sobre quienes vendrá ese fin del mundo, podrá testimoniar la verdad de estas palabras celestiales. ¡Cuántas guerras y qué de clamores guerreros soportamos constantemente! Los hunos se levantan contra los alanos, éstos contra los godos, los godos contra los taifales y los sarmatos, y aun nosotros hemos estado desterrados de nuestra patria en Iliria por los godos, desterrados también a su vez; pero no es esto todo. ¡Qué hambre hay por doquier! Esta es la peste no sólo de los bueyes, sino también de los hombres y de toda clase de animales, y esto hasta tal extremo, que aún los mismos que no hemos sufrido la guerra, hemos recibido de esa peste un impacto igual al de los países beligerantes. Y esta aparición de enfermedades está asolando el mundo porque nos encontramos en su ocaso. Esas enfermedades del mundo son: el hambre, la peste y la persecución.

Además, hay otras clases de guerra que tiene que librar el hombre que es cristiano, es decir, la lucha contra las distintas pasiones, los combates contra los malos deseos, y es una verdad inconcusa que los enemigos internos son de más peligro que los de fuera. En verdad, la avaricia nos excita, nos inflama la pasión, el miedo nos atormenta, la cólera nos zarandea, la ambición nos desasosiega, los malos espíritus que vagan por los aires (Ef 6, 12) intentan aterrorizarnos. Y por eso, en realidad, se asemejan a combates que nos hacen entablar, y, como si fueran terremotos, dejan su huella en las partes más débiles del alma cuando ésta se halla agitada.

Pero el que es más fuerte dice: Aunque acampe contra mí un ejército, no temerá mi corazón; aunque me acucien a la batalla, en El esperaré (Sal 26, 3). Así, en medio de la lucha, permanece en pie, ofreciendo su pecho al enemigo; y aunque surja algún Goliath, feroz y gigante, sin embargo, entre la multitud de los cobardes, se levanta como el humilde David, rechazando las armas del rey terreno (1 S 17) y, tomando los dardos más ligeros de la fe, y lanzando con la honda de las tres cuerdas el proyectil de una pura confesión de fe, hiere el descaro del perseguidor, despreciando sus amenazas, haciendo caso omiso de su poder y aun mereciendo que el mismo Cristo hable en él. Unas veces habla Cristo, otras el Padre y otras el Espíritu del Padre. Y ciertamente todas estas cosas no se contraponen, sino que concuerdan perfectamente. Lo que uno dice, lo dicen los tres, porque la Trinidad no tiene más que una voz. Ante aquel vencedor que golpeó a Goliath con su espada, exponiéndose a la muerte por Cristo y poniendo en fuga a los filisteos, iban los muchachos, que son como los ángeles, diciendo: Saúl mató a mil y David a diez mil (1 S 18, 7). Lo cual es señal de que los que vencen a este mundo son superiores a los príncipes. Y así los mártires sucederán a los reyes muertos en el reino que no acabará en virtud de la gracia celestial, y así los primeros serán los inferiores y los segundos los patronos.

Pero hay otra clase de espada de Goliath y un segundo dardo del enemigo; me refiero a esas palabras de los herejes. El hombre que sabe cantar se prepara para vencer al enemigo; y este tal, aun oyendo que hay guerras, no toma en ello parte, y no le inquieta ni le atormenta ningún viento de doctrina (Ef 4, 14), y, al sentirse saciado por la abundancia de la Escritura divina, desconoce el

hambre de la palabra; y ese tal no teme importunar a quien es capaz de hacer vanos los propósitos de los herejes. Por esto, el que esté enfermo, que sufra su postración para no causar a los otros un perjuicio cargándoles con una obligación más pesada. Que venga David, al que abre Cristo la boca, para que revele los misterios; y que venga también aquel Nazareno, cuyos cabellos no se caían porque Él no tenía nada superfluo que pudiera caer ni podría perder lo más mínimo de sus virtudes más esclarecidas, El que era un hombre casto por su sobriedad, valeroso en la paz, maestro en guardar hasta el extremo todos sus sentidos y su lengua.

¡Que se predique el Evangelio para que sea consumido el mundo! Y del mismo modo que la predicación del Evangelio atravesó todo el orbe de la tierra, en el cual creyeron los godos y los armenios, razón por la que creemos que el mundo está tocando a su fin, así también el hombre espiritual anuncia el Evangelio cuando lleva a cabo todo el proceso de la sabiduría y practica todas las virtudes, y, mientras canta con el alma y con el espíritu (1 Co 14, 15), va destruyendo la última muerte. Ya que el fin tendrá lugar cuando Cristo entregue en sí mismo el reino a Dios Padre y haya sometido todo a Aquel que le sometió a El todo, con objeto de que sea Dios todo en todas las cosas (ibíd. 15, 24-28). Y será predicado el Evangelio por todas las ciudades, es decir, por todos los lugares de Judea, pues Dios es conocido en Judea (Sal 75, 1). Y, en efecto, sólo cuando se ponen las virtudes como fundamento, es cuando se edifican las ciudades de Judea (Sal 68, 36).

FRANCISCO – Ángelus 2013

El designio de bondad y de misericordia de Dios se cumplirá

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (*Lc 21, 5-19*) consiste en la primera parte de un discurso de Jesús: sobre los últimos tiempos. Jesús lo pronuncia en Jerusalén, en las inmediaciones del templo; y la ocasión se la dio precisamente la gente que hablaba del templo y de su belleza. Porque era hermoso ese templo. Entonces Jesús dijo: «Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida» (*Lc 21, 6*). Naturalmente le preguntan: ¿cuándo va a ser eso?, ¿cuáles serán las señales? Pero Jesús desplaza la atención de estos aspectos secundarios — ¿cuándo será? ¿cómo será?—, la desplaza a las verdaderas cuestiones. Y son dos. Primero: no dejarse engañar por los falsos mesías y no dejarse paralizar por el miedo. Segundo: vivir el tiempo de la espera como tiempo del testimonio y de la perseverancia. Y nosotros estamos en este tiempo de la espera, de la espera de la venida del Señor.

Este discurso de Jesús es siempre actual, también para nosotros que vivimos en el siglo XXI. Él nos repite: «Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre» (v. 8). Es una invitación al discernimiento, esta virtud cristiana de comprender dónde está el espíritu del Señor y dónde está el espíritu maligno. También hoy, en efecto, existen falsos «salvadores», que buscan sustituir a Jesús: líder de este mundo, santones, incluso brujos, personalidades que quieren atraer a sí las mentes y los corazones, especialmente de los jóvenes. Jesús nos alerta: «¡No vayáis tras ellos!» «¡No vayáis tras ellos!».

El Señor nos ayuda incluso a no tener miedo: ante las guerras, las revoluciones, pero también ante las calamidades naturales, las epidemias, Jesús nos libera del fatalismo y de falsas visiones apocalípticas.

El segundo aspecto nos interpela precisamente como cristianos y como Iglesia: Jesús anuncia pruebas dolorosas y persecuciones que sus discípulos deberán sufrir, por su causa. Pero asegura: «Ni

un cabello de vuestra cabeza perecerá» (v. 18). Nos recuerda que estamos totalmente en las manos de Dios. Las adversidades que encontramos por nuestra fe y nuestra adhesión al Evangelio son ocasiones de testimonio; no deben alejarnos del Señor, sino impulsarnos a abandonarnos aún más a Él, a la fuerza de su Espíritu y de su gracia.

En este momento pienso, y pensamos todos. Hagámoslo juntos: pensemos en los muchos hermanos y hermanas cristianos que sufren persecuciones a causa de su fe. Son muchos. Tal vez muchos más que en los primeros siglos. Jesús está con ellos. También nosotros estamos unidos a ellos con nuestra oración y nuestro afecto; tenemos admiración por su valentía y su testimonio. Son nuestros hermanos y hermanas, que en muchas partes del mundo sufren a causa de ser fieles a Jesucristo. Les saludamos de corazón y con afecto.

Al final, Jesús hace una promesa que es garantía de victoria: «Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas» (v. 19). ¡Cuánta esperanza en estas palabras! Son una llamada a la esperanza y a la paciencia, a saber esperar los frutos seguros de la salvación, confiando en el sentido profundo de la vida y de la historia: las pruebas y las dificultades forman parte de un designio más grande; el Señor, dueño de la historia, conduce todo a su realización. A pesar de los desórdenes y los desastres que agitan el mundo, el designio de bondad y de misericordia de Dios se cumplirá. Y ésta es nuestra esperanza: andar así, por este camino, en el designio de Dios que se realizará. Es nuestra esperanza.

Este mensaje de Jesús nos hace reflexionar sobre nuestro presente y nos da la fuerza para afrontarlo con valentía y esperanza, en compañía de la Virgen, que siempre camina con nosotros.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007

Afrontar los acontecimientos diarios confiando en el amor providente de Cristo

Queridos hermanos y hermanas:

En la página evangélica de hoy, san Lucas vuelve a proponer a nuestra reflexión la visión bíblica de la historia, y refiere las palabras de Jesús que invitan a los discípulos a no tener miedo, sino a afrontar con confianza dificultades, incomprendimientos e incluso persecuciones, perseverando en la fe en él: “Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis miedo. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida” (*Lc* 21, 9).

La Iglesia, desde el inicio, recordando esta recomendación, vive en espera orante del regreso de su Señor, escrutando los signos de los tiempos y poniendo en guardia a los fieles contra los mesianismos recurrentes, que de vez en cuando anuncian como inminente el fin del mundo. En realidad, la historia debe seguir su curso, que implica también dramas humanos y calamidades naturales. En ella se desarrolla un designio de salvación, que Cristo ya cumplió en su encarnación, muerte y resurrección. La Iglesia sigue anunciando y actuando este misterio con la predicación, la celebración de los sacramentos y el testimonio de la caridad.

Queridos hermanos y hermanas, aceptemos la invitación de Cristo a afrontar los acontecimientos diarios confiando en su amor providente. No temamos el futuro, aun cuando pueda parecernos oscuro, porque el Dios de Jesucristo, que asumió la historia para abrirla a su meta trascendente, es su alfa y su omega, su principio y su fin (cf. *Ap* 1, 8). Él nos garantiza que, en cada pequeño, pero genuino, acto de amor está todo el sentido del universo, y que quien no duda en perder su vida por él, la encontrará en plenitud (cf. *Mt* 16, 25).

Nos invitan con singular eficacia a mantener viva esta perspectiva las personas consagradas, que han puesto sin reservas su vida al servicio del reino de Dios. Entre estas, quiero recordar en particular a las llamadas a la contemplación en los monasterios de clausura. A ellas la Iglesia dedica una Jornada especial el miércoles próximo, 21 de noviembre, memoria de la Presentación de la santísima Virgen María en el Templo. Debemos mucho a estas personas que viven de lo que la Providencia les proporciona mediante la generosidad de los fieles. El monasterio, “como oasis espiritual, indica al mundo de hoy lo más importante, más aún, en definitiva, lo único decisivo: existe una razón última por la que vale la pena vivir, es decir, Dios y su amor inescrutable” (*Discurso a los monjes cistercienses de la abadía de Heiligenkreuz, Austria*, 9 de septiembre de 2007). La fe que actúa en la caridad es el verdadero antídoto contra la mentalidad nihilista, que en nuestra época extiende cada vez más su influencia en el mundo.

María, Madre del Verbo encarnado, nos acompaña en la peregrinación terrena. A ella le pedimos que sostenga el testimonio de todos los cristianos, para que se apoye siempre en una fe firme y perseverante.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La perseverancia en la fe; la fe, inicio de la vida eterna

162 La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; S. Pablo advierte de ello a Timoteo: “Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe” (1 Tm 1,18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe “actuar por la caridad” (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rom 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia.

163 La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios “cara a cara” (1 Cor 13,12), “tal cual es” (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

164 Ahora, sin embargo, “caminamos en la fe y no en la visión” (2 Cor 5,7), y conocemos a Dios “como en un espejo, de una manera confusa,...imperfecta” (1 Cor 13,12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación.

165 Entonces es cuando debemos volvernos hacia los *testigos de la fe*: Abraham, que creyó, “esperando contra toda esperanza” (Rom 4,18); la Virgen María que, en “la peregrinación de la fe” (LG 58), llegó hasta la “noche de la fe” (Juan Pablo II, R Mat 18) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe: “También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y

corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe” (Hb 12,1-2).

La última prueba de la Iglesia

675 Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el “Misterio de iniquidad” bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1Te 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

676 Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo (cf. DS 3839), sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, “intrínsecamente perverso” (cf. Pío XI, “Divini Redemptoris” que condena el “falso misticismo” de esta “falsificación de la redención de los humildes”; GS 20-21).

677 La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13).

El trabajo humano que redime

307 Dios concede a los hombres incluso poder participar libremente en su providencia confiándoles la responsabilidad de “someter” la tierra y dominarla (cf Gn 1, 26-28). Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por sus acciones y sus oraciones, sino también por sus sufrimientos (cf Col I, 24) Entonces llegan a ser plenamente “colaboradores de Dios” (1 Co 3, 9; 1 Ts 3, 2) y de su Reino (cf Col 4, 11).

Los misterios de la vida oculta de Jesús

531 Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba “sometido” a sus padres y que “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2, 51-52).

2427 El *trabajo humano* procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra (cf Gn 1,28; GS 34; CA 31). El trabajo es, por tanto, un deber: “Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma” (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser

también redentor. Soportando el peso del trabajo (cf Gn 3,14-19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en su Obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar (cf LE 27). El trabajo puede ser un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo.

2428 En el trabajo, la persona ejerce y aplica una parte de las capacidades inscritas en su naturaleza. El valor primordial del trabajo pertenece al hombre mismo, que es su autor y su destinatario. El trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo (cf LE 6).

Cada uno debe poder sacar del trabajo los medios para sustentar su vida y la de los suyos, y para prestar servicio a la comunidad humana.

2429 Cada uno tiene el *derecho de iniciativa económica*, y podrá usar legítimamente de sus talentos para contribuir a una abundancia provechosa para todos, y para recoger los justos frutos de sus esfuerzos. Deberá ajustarse a las reglamentaciones dictadas por las autoridades legítimas con miras al bien común (cf CA 32; 34).

El último día

El glorioso advenimiento de Cristo, esperanza de Israel

673 Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente (cf Ap 22, 20) aun cuando a nosotros no nos “toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad” (Hch 1, 7; cf. Mc 13, 32). Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento (cf. Mt 24, 44; 1 Te 5, 2), aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén “retenidos” en las manos de Dios (cf. 2 Te 2, 3-12).

1001 *¿Cuándo?* Sin duda en el “último día” (Jn 6, 39-40. 44. 54; 11, 24); “al fin del mundo” (LG 48). En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo:

El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar (1 Ts 4, 16).

2730 Mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la *vigilancia*. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a Él, a su Venida, al último día y al “hoy”. El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: “Dice de ti mi corazón: busca su rostro” (Sal 27, 8).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

El que no trabaje, que no coma

El Evangelio de hoy forma parte de los famosos discursos sobre el fin del mundo, característicos de los últimos Domingos del año litúrgico. Parece que, en una de las primeras comunidades cristianas, la de Tesalónica, había creyentes que sacaban una conclusión equivocada de estos discursos de Jesús: es inútil afanarse, inútil trabajar y producir, dado que todo está a punto de pasar; es mejor vivir día a día, sin asumir compromisos a largo término; al contrario, recurriendo a pequeños subterfugios para vivir. A estos, les responde san Pablo en la segunda lectura, sobre la que centraremos esta vez nuestra reflexión:

«Me he enterado de que algunos viven sin trabajar, muy ocupados en no hacer nada. Pues a esos les digo y les recomiendo, por el Señor Jesucristo, que trabajen con tranquilidad para ganarse el pan».

Al inicio del fragmento, san Pablo les recuerda su ejemplo personal, diciendo no haber comido de balde su pan, sino que trabajó y se cansó día y noche, a fin de no ser carga para nadie. Recuerda, también, la regla que les ha dado a los cristianos de Tesalónica, cuando estaba entre ellos:

«El que no trabaja, que no coma».

Sabemos que Pablo trabajó de verdad (era tejedor de toldos) tanto que conseguía con su trabajo ayudar incluso a algunos hermanos necesitados (cf. *Hechos* 20, 34ss.). Esto era una novedad para los hombres de entonces. La cultura, a la que ellos pertenecían, despreciaba el trabajo manual, lo tenía por degradante para la persona y tal como para ser dejado a los esclavos y a los incultos. Pablo, sin embargo, tiene sobre sus espaldas una gran cultura, la Biblia, que le ofrece ejemplos bien distintos sobre este punto. La primera página de la Biblia presenta a Dios mismo como modelo de trabajo: Dios trabaja durante seis días y toma reposo el séptimo día, estableciendo así, simbólicamente, la ley del trabajo y del reposo. Todo esto, antes aún que en la Biblia se hable del pecado. El trabajo, por lo tanto, forma parte de la naturaleza original del hombre, no de la culpa y del castigo.

El trabajo manual es asimismo digno, como el intelectual y el espiritual. Jesús mismo le dedica unos veinte años al primero (teniendo por supuesto que haya comenzado a trabajar hacia los trece años) y sólo algo más de un par de años al segundo, que significativamente él llama el trabajo que el Padre me ha dado para realizarlo en el mundo (cfr. *Juan* 4, 34; 6,29; 17,4).

Una persona hoy ha expresado así las preguntas que los laicos plantean a la Iglesia: «¿Qué sentido y qué valor tiene ante Dios nuestro trabajo de laicos? Es verdad que nosotros, los laicos, nos dedicamos también a tantas otras obras de bien (caridad, apostolado, voluntariado); pero, la mayor parte del tiempo y de las energías de nuestra vida debemos dedicarlas al trabajo. Por lo tanto, si el trabajo no vale para el cielo, nos encontraremos con tener bien poco para la eternidad. Todas las personas, a las que hemos interpelado, no han sabido darnos respuestas satisfactorias. Nos dicen: “¡Ofrecedlo todo a Dios!” Pero, ¿basta eso?»

La respuesta fundamental a estas preguntas creo que se encuentra ya en un texto del Concilio Vaticano II sobre el trabajo: «El trabajo humano, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta la materia sobre la que trabaja y la somete a su voluntad. Es para el trabajador y para su familia el medio ordinario de subsistencia; por él, el hombre se une a sus hermanos y les hace un servicio, puede practicar la verdadera caridad y cooperar al perfeccionamiento de la creación divina. No sólo esto. Sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad eminente trabajando con sus propias manos en Nazaret. De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente, así como también el derecho al trabajo. Y es deber de la sociedad, por su parte, ayudar, según sus propias circunstancias, a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad de un trabajo suficiente» (constitución *Gaudium et spes*, 67).

A aquellas preguntas de los laicos debemos responder: No, el trabajo no vale sólo para una «buena intención» de quien se pone a realizarlo o para el ofrecimiento que se le hace a Dios por la mañana; vale también para sí mismo, como participación en la obra creadora y redentora de Dios y como servicio a los hermanos. El *Apocalipsis* dice de los justos que «sus obras los acompañan» (14,

13). Por 10 tanto, también la «obra» más habitual, que es el trabajo, nos seguirá y será para nosotros fuente de gloria si la hemos hecho bien, lo contrario si la hemos hecho mal.

Una vida de trabajo honesto y cuidadoso es un bien precioso ante Dios y los hombres. Es lo que confiere a toda persona su dignidad. No importa tanto el trabajo que uno hace, cuánto y cómo lo hace. Esto restablece una cierta paridad, por debajo de todas las diferencias de categoría y de remuneraciones (a veces injustas y escandalosas). Una persona, que ha desarrollado misiones humildísimas en la vida, puede «valer» mucho más que quien ha ocupado puestos de gran prestigio. La historia de la Iglesia está llena de santos, que han pasado la vida ejerciendo los más humildes quehaceres.

El trabajo, decía yo, es participación en la acción creadora de Dios y en la acción redentora de Cristo y es fuente de crecimiento personal y social. Pero, eso es asimismo algo muy distinto, que nosotros conocemos bien: es fatiga, es pena, es fuente de conflictos. El trabajo se recarga de este valor negativo, de castigo, entre el paso de *Génesis* 2 («someted la tierra») a *Génesis* 3 («comerás el pan con el sudor de tu frente»), esto es, inmediatamente después del pecado.

Se entiende no sólo el pecado de Adán sino el pecado en todas sus formas, que procede de la única raíz que es el egoísmo.

Hoy podríamos concretar fácilmente dos manifestaciones de esta realidad negativa del trabajo. La primera es *la falta de trabajo*, la desocupación o paro, con todos los dramas que comporta. Dramas económicos por la dificultad de echar adelante a la familia, dramas morales y psicológicos por el sentido de frustración y de dependencia que crea en el desocupado o parado. La persona desocupada se siente inútil, pierde tal vez la estima de sí misma y de los familiares que, tal vez, son llevados a atribuir la situación a su incapacidad y a su falta de iniciativa. La ocupación tiene hoy un nuevo e inquietante enemigo: las máquinas. Inventadas para reducir el cansancio humano, las máquinas están creando un problema enorme, del que no se ve solución: hacen inútil el trabajo humano. Donde llegan los ordenadores y los robots disminuyen fatalmente los puestos de trabajo.

Frente a éstos y otros problemas, el creyente, junto con toda persona de buena voluntad, debe desarrollar un gran sentido de responsabilidad y de solidaridad; ha de solicitar y apoyar reformas que lleven a reducir la plaga de la desocupación, ser solidarios con toda iniciativa concreta en favor de los parados, pagar honestamente los impuestos sobre la propia renta, sabiendo que ésta es la forma más normal para acudir en ayuda de los conciudadanos menos afortunados; en el caso de un empresario, hacer lo posible para crear nuevos puestos de trabajo.

Junto a este mal sobre la falta de trabajo, hay otro, de signo opuesto, que es el *exceso de trabajo*. Hay un multi-trabajo debido, desgraciadamente, a la necesidad, a la insuficiente retribución o al número de personas a su cargo. Naturalmente no es de esto de lo que se trata aquí. Se trata, más bien, del trabajo constituido como ídolo de la vida, del trabajo que nos ocupa todos los días, comprendidos el sábado y el domingo. El trabajo que obsesiona, por el que se vuelve a casa y no se habla más que de él. El trabajo que no deja espacio para cultivar ningún otro interés ni cultural ni espiritual.

A este respecto, es necesario decir, parafraseando una palabra de Jesús: ¡el trabajo es para el hombre, no el hombre para el trabajo! Cuántos matrimonios esterilizados por este ídolo del super-trabajo, lo cual es después, ahora y siempre el ídolo del dinero. Los hijos hacen bien en protestar y dar a entender al papá ya la mamá (que tantas veces se equivocan, en este campo, por un malentendido amor hacia los hijos) que hay algo distinto al dinero, del que ellos tienen necesidad. Sobre todo, trabajar más de lo necesario, hacer dos trabajos, asumir siempre nuevos compromisos,

consultas, visitas (cuando se trata de médicos), significa sustraer trabajo a los demás, especialmente a los jóvenes, crear desocupados, ser ladrones de la mercancía más delicada y neurálgica, que existe en el mundo de hoy y que es precisamente el trabajo.

Hablando de trabajo, debemos recordar qué hay de él para confiar en la vida, no sobre el recurso a improbables golpes de suerte o fortuna en las varias formas de loterías y apuestas. Estas pueden ser una forma legítima de juego, un modo de cultivar sueños y emociones, puestos ante quien no puede permitirse los juegos de bolsa, aunque mantenidos dentro de unos límites racionales. Sin embargo, pueden también desaconsejar obligarse en el propio trabajo y arruinar a las familias, si uno se deja vencer sin freno en su espiral y se transforma en una obsesión. Las suertes, que «enriquecen» de verdad a la persona en el cuerpo y en el espíritu, son las adquiridas día a día con el sudor de la frente y el ingenio de la mente, no las que nos llueven encima de la tarde a la mañana. La necesidad de recobrar fuerza las cajas del erario público no justifica que el estado se haga promotor tan descaradamente de estas cosas desarrollando un papel claramente anti-educativo en las relaciones con los ciudadanos.

Concluamos con un pensamiento eucarístico. El momento de máxima exaltación del trabajo es cuando el sacerdote, en el altar, presenta a Dios el pan y el vino, llamándoles «fruto de la tierra y del trabajo de los hombres». En aquel momento, se ofrece a Dios todo el trabajo humano; no sólo el de los agricultores, sino también el trabajo oculto de las mujeres del hogar, que preparan la comida cotidiana, el de quien está en la cadena de montaje, en la ventanilla de una oficina, en una mesa de trabajo o en la carretera conduciendo un medio de transporte. Cristo asume este nuestro trabajo, lo asocia a su oferta redentora y nos lo restituye poco a poco, en la comunión, transformado en «pan de vida eterna».

Terminemos con una bella oración, que se lee en la Liturgia de las Horas: «Oh Dios que señalas para cada uno su trabajo y la justa recompensa, bendice nuestro trabajo de cada día y haz que sirva para el proyecto universal de salvación. Por Jesucristo Nuestro Señor».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Padecer a causa del Evangelio

Reconsideremos lo que nos enseña la Iglesia en este domingo del Tiempo Ordinario, a punto de finalizar ya el ciclo Litúrgico. Podemos, como cada año, meditar en el fin del mundo, en los acontecimientos últimos de la existencia humana sobre la tierra, pero también en la precisa realidad de la vida del hombre y en su sentido, tal y como han sido queridos por Dios desde el principio. Lo que se anuncia, lo que sucederá y que, en cierta medida, está ya sucediendo, es y será la manifestación necesaria de nuestra condición tal y como fue creada.

Vendrán días en los que de esto que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida, respondió Jesús: todo esto pasará. El mundo material que contemplamos no es para siempre. Así concluimos también estudiando las cosas científicamente, al constatar la caducidad inapelable de lo material. Es, asimismo, la experiencia que vamos teniendo, según se suceden las generaciones. Cada día contemplamos, en efecto, el sucederse de las cosas y de las personas. Tal vez por esto no tuvo Jesús réplica a pesar de ser tan radical en su afirmación.

Se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino; habrá grandes terremotos y hambre y peste en diversos lugares. Las circunstancias de la vida y del mundo serán en general adversas para el hombre. Pero, de modo particular, para los justos, para los que, fieles a Jesucristo,

quieran vivir su doctrina. Es muy interesante saberlo de antemano para que no nos extrañemos de ser mal acogidos o de presentir que nos criticarán si somos fieles al Evangelio y, más aún, si damos testimonio de vida cristiana: **Os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre: esto os sucederá para dar testimonio.**

De algún modo –más bien de muchos modos–, también ahora sucede esto. Aunque no estamos –según parece– en el fin del mundo, es habitual que lluevan críticas sobre los cristianos. Críticas con una clamorosa ausencia de sentido crítico: “es inadmisibles en nuestros días –dicen– esta pertinacia en oponerse a la contracepción, al aborto...”; y, “...vivimos en una sociedad laica y plural –prosiguen–, no debemos, por consiguiente, condicionarnos por prejuicios, que son únicamente frenos de ideologías religiosas...” Se ve a Dios y a lo que de Él procede como un enemigo o un rival al que combatir; alguien y algo de lo que librarse a toda costa, pues sería contrario a la capacidad y necesidad humana de desarrollo y felicidad.

En el fondo es sólo una actitud voluntarista e irracional. Pues nada lo es más que la afirmación de una absoluta autonomía humana: que autootorgarse decidir el sentido del propio destino, como si el hombre hubiera pensado y configurado previamente su sentido y su destino antes de existir. Se niega el principio de causalidad (no hay efecto sin causa) para la realidad humana que contemplamos y el hombre se constituye en causa libre y válida de su existencia.

Nosotros, sin embargo, afirmamos con el himno eucarístico: **Te adoro con devoción, Dios escondido.** Y lo decimos humildemente, pero más ciertos que nadie; porque, una vez más, contemplamos cómo se cumplen las palabras del Señor: **convenceos de que no debéis tener preparado de antemano cómo os vais a defender; porque yo os daré palabras y sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.** Es justamente la impresión que debe tener el Romano Pontífice, cuando se le niega con burla irónica, descalificándole por mayoría de votos, sin argumentos, cuando asegura, por ejemplo, el deber respetar y amar la vida humana desde el inicio, o la necesidad de hacer una distribución más equitativa de los recursos naturales. Los enemigos del Evangelio pueden tener la fuerza, pero no la razón.

Porque, mientras tanto, la vida nuestra contrasta decididamente con la de la mayoría, y esto, lejos de producirnos inseguridad nos confirma, si cabe, más en la verdad y valor de una actitud que cuesta bastante mantener. Pero ya nos habló claramente Nuestro Señor de la injusticia que padeceríamos: **seréis entregados incluso por padres y hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre.**

Por mucho que nos cueste, seremos capaces de ir contra corriente, sobre todo si contamos con María: **Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas,** nos prometió su Hijo. Nuestra Madre además nos protege, y perseverar con Ella es fácil.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

La ley del trabajo y el descanso

La liturgia hizo bien en hacernos escuchar, al comienzo de esta Misa, la palabra de Jesús que dice: *Tengo proyectos de paz y no de desdicha* (Antífona del comienzo). Leyendo, de hecho, el Evangelio de hoy –que es una parte de los famosos discursos escatológicos de Jesús–, podríamos sentirlo como anuncio de desventuras; se habla de guerras, revoluciones, sublevaciones, terremotos,

penurias y pestes. En realidad es, por el contrario, un anuncio de paz. Desdichas —quiere decirle a la Iglesia el evangelista Lucas— seguirá habiendo, porque son parte integrante de la historia humana, no las trajo Jesús; lo que Jesús trajo es más bien la posibilidad de vencerlas mediante la fe en su nombre: *Pero ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza. Gracias a la constancia salvarán sus vidas.*

Con todo, no podemos desconocer que —pese a todo el esfuerzo de Lucas por hacer menos dramático y más acorde con la situación de la Iglesia de su tiempo el discurso de Jesús—, éste nos pone frente a una verdad bastante austera: *No quedará piedra sobre piedra.* No sólo del templo de Jerusalén, sino tampoco de ese edificio más grande que es la máquina del mundo: “La apariencia de este mundo es pasajera”, fue la conclusión que sacó san Pablo de estos discursos (cf. 1 Col 7,31). La vida del discípulo en el mundo asume, de golpe, un aspecto nuevo: es vida de espera, por ende, de vigilancia; es vida de peregrinos en camino, no de aposentados y sedentarios.

¿Qué hacer entonces? Parece que en una de las primeras comunidades cristianas —la de Tesalónica— había creyentes que sacaban de ese pensamiento una consecuencia inmediata: es inútil afanarse, inútil trabajar y producir puesto que todo es pasajero; mejor vivir al día, sin asumir compromisos a largo plazo, saliendo del paso como fuera, si hacía falta para vivir. A ellos, el Apóstol les responde en la segunda lectura de hoy: *Ahora, sin embargo, nos enteramos de que algunos de ustedes viven ociosamente, no haciendo nada y entrometiéndose en todo. A estos les mandamos y los exhortamos en el Señor Jesucristo que trabajen en paz para ganarse su pan.* Al comienzo del trozo leído, san Pablo recuerda su ejemplo personal, diciendo que no comió ociosamente su pan, sino que trabajó día y noche, y con fatiga, para no ser un peso para nadie.

Sabemos también de otras fuentes que Pablo trabajó realmente (tejía cortinados), al punto de lograr ayudar con su trabajo a algunos hermanos sin medios o sin oficio. Esta era una novedad para los hombres de Corinto y Tesalónica. La cultura a la que pertenecían ellos despreciaba el trabajo manual, lo consideraba degradante para la persona y por eso era dejado a los esclavos y los incultos. Sin embargo, Pablo tiene otra cultura a sus espaldas, la Biblia, que le ofrece ejemplos muy distintos de éstos. La primera página de la Biblia presenta a Dios mismo como modelo de trabajo: Dios obra durante seis días y descansa al séptimo día, estableciendo así —simbólicamente, se entiende— la ley y los tiempos de trabajo y de descanso. Todo esto, antes de que existiera el pecado; el trabajo forma, pues, parte de la naturaleza, no del castigo del hombre; del castigo forman parte, en todo caso, la fatiga y la pena. El trabajo manual es tan digno como el intelectual y espiritual. Jesucristo dedica unos veinte años al primero (suponiendo que haya empezado a trabajar alrededor de los trece años) y sólo un par de años al segundo, que él llama, significativamente, “el trabajo” que el Padre le había dado para cumplir en el mundo (cf. Jn. 4,34; 6,29; 17,4).

Hoy en día, todos admiten la necesidad y la dignidad del trabajo, tanto del manual como del intelectual. Pero es distinto el juicio que se hace del trabajo en sí y de su incidencia en la vida del hombre. Para Karl Marx el trabajo es esencialmente alienación. El hombre, trabajando, se objetiviza en el producto, se convierte en él (puesto que su esencia se reduce a ser una fuerza-trabajo); y desde el momento que, en la sociedad actual, el fruto del trabajo es sustraído al trabajador, lo que le es sustraído es su realidad misma: se encuentra así empobrecido y por ende alienado.

Nosotros no descalificamos todo lo que él dijo sobre el trabajo solamente porque “no es de los nuestros”. Así como San Pablo decía que era “deudor de los griegos” que eran paganos, también la Iglesia es deudora hoy de Karl Marx que era ateo; le debe el interés que suscitó por los problemas de trabajo y los trabajadores y de lo que dijo de cierto en cuanto a esos problemas (“La Iglesia —dice

un texto del Vaticano II— confiesa que de mucho provecho ha obtenido y puede incluso obtener gracias a la oposición de los que la combaten y la persiguen”: *Gaudium et Spes* 44).

Pero la visión que tiene la Iglesia del trabajo difiere mucho de la de Karl Marx y esto porque es distinta la concepción que tiene del hombre: no una fuerza-trabajo, sino un hijo de Dios destinado a un cumplimiento eterno que no se aliena en el trabajo, sino que se realiza porque “sus obras lo seguirán” (Apoc. 14,13). “El trabajo, ya sea realizado en forma independiente o subordinada, procede inmediatamente de la persona que imprime en la naturaleza su sello y la somete a su voluntad. Con el trabajo, el hombre habitualmente provee a las condiciones de vida propias y de sus familiares, se comunica con los demás y presta un servicio a los hombres, sus hermanos, puede practicar una verdadera caridad y colaborar con su actividad para completar la divina creación. Más aún: sabemos a ciencia cierta, que, ofreciendo a Dios su trabajo, el hombre se asocia a la obra misma redentora de Cristo, quien confirió al trabajo una elevadísima dignidad, trabajando con sus propias manos en Nazaret. De aquí, descienden, para todos los hombres, el deber de trabajar fielmente y el derecho al trabajo; paralelamente, es deber de la sociedad, en relación con las condiciones existentes en ella, ayudar por su parte a los ciudadanos para que puedan encontrar suficiente ocupación. Además, el trabajo debe ser remunerado de manera tal que garantice los medios suficientes para permitir al individuo y su familia una vida digna en un plano material, social, cultural y espiritual de acuerdo con el tipo de actividad y el grado de rendimiento económico de cada uno además de las condiciones de la empresa y el bien común” (*Gaudium et Spes*, 67).

El trabajo es, pues, participación en la acción creadora de Dios y la acción redentora de Cristo y es realización del hombre. Pero es también algo muy distinto: es cansancio, pena, es fuente de conflictos; por lo tanto, es problema. El trabajo se carga con este matiz negativo de castigo en el pasaje de Génesis 2 (“Sometan la tierra”) a Génesis 3 (“Ganarás el pan con el sudor de tu frente”), o sea, después del pecado. La historia de Caín y Abel es la historia trágica del primer conflicto laboral; la Biblia lo da a entender claramente: *Abel fue pastor de ovejas y Caín agricultor* (Gen. 4,2). Choque de intereses: los agricultores fueron siempre los enemigos naturales de los pastores (basta pensar en las luchas épicas de los colonos norteamericanos con los troperos durante la conquista del oeste); los pastores necesitan espacios libres para hacer pacer los rebaños; los agricultores necesitan poner cercos, mantener alejados a los animales de los arbustos y las mieses apenas brotadas. El primer homicidio maduró, pues, en un conflicto laboral. Es un símbolo. La Iglesia extrae de allí la certeza de que lo que daña las relaciones en el trabajo y determina tantos males de la sociedad (desigualdades, explotación, violencia, etc.) es el pecado del hombre, no una mítica voluntad perversa de la sociedad capitalista. No sólo, se entiende, el pecado de Adán, sino el pecado en todas las formas, cuya raíz común tiene un nombre preciso: egoísmo.

Hoy, podríamos individualizar fácilmente dos manifestaciones de esta realidad negativa del trabajo. La primera es la falta de trabajo, la *desocupación*, la caja de desempleo, con todos los dramas que estas cosas evocan: dramas económicos por la dificultad de llevar adelante una familia, dramas morales y psicológicos por el sentido de frustración y dependencia que crea en el desocupado; el hombre desocupado se siente inútil, pierde a veces la autoestima y la estima de los familiares que quizás se vean llevados a atribuir la situación a su incapacidad y a su falta de iniciativa, estableciendo comparaciones con otros. Frente a este mal que periódicamente se propaga en nuestra sociedad, el cristiano debe desarrollar un gran sentido de responsabilidad y solidaridad; solicitar y apoyar reformas que lleven a reducir la plaga de la desocupación, ser solidario con toda iniciativa concreta en favor de los desocupados, pagar honestamente los impuestos sobre las propias ganancias, sabiendo que esta es la forma más común para prestar ayuda a los conciudadanos menos afortunados. Si el primer mal es la falta de trabajo, el segundo es el exceso de trabajo, el

supertrabajo. Hay un exceso de trabajo debido, no obstante, a la necesidad, a causa de la escasez de la retribución o del número elevado de personas a cargo. No se trata aquí de éste; se trata del trabajo erigido en ídolo de la vida, del trabajo que ocupa todos los días incluido el sábado y no perdona ni siquiera el domingo. El trabajo que obsesiona, por el cual se vuelve a casa y sólo se habla de trabajo. El trabajo que no deja espacio para estar —pero estar de verdad, no sólo físicamente— con la mujer y los hijos, para cultivar algún interés cultural que contribuya a vivir más conscientemente y a ser más hombre. Cuántos matrimonios se esterilizan por este ídolo del supertrabajo que es, en definitiva, todavía y siempre, el ídolo del dinero. A ellos hay que decirles en el lenguaje de Jesús: ¡El trabajo es para el hombre, no el hombre para el trabajo! ¿De qué te sirve acumular, ganar “incluso el mundo entero”? No quedará piedra sobre piedra, no quedará sueldo sobre sueldo. Por encima de todo, trabajar más de lo necesario, hacer dos trabajos, hacer horas extras constantemente, asumir siempre nuevos compromisos, asesoramientos, turnos (cuando se trata de médicos), significa quitar trabajo a los demás, crear desocupados, ser ladrones de la mercadería más delicada y neurálgica de la sociedad: el trabajo.

Es necesario saber apartar el corazón y las manos del trabajo para no convertirnos en esclavos; es necesario tener la fuerza y la sabiduría de decirnos a nosotros mismos: ¡Ahora basta! Lo que gano es suficiente para las necesidades actuales de mi familia y está en condiciones de garantizar una discreta seguridad para el futuro; mi familia me necesita a mí antes que a mí dinero; y sobre todo, yo necesito a Dios; no puedo reducirme a una bestia de carga que ya no sabe orar ni pensar; me lo prohíbe Dios que instituyó la ley del trabajo, pero también la del descanso: *Durante seis días trabajarás y harás todas tus tareas; pero el séptimo es día de descanso en honor del Señor, tu Dios; En él no harán ningún trabajo* (Ex. 20, 9-10). Los hijos reclaman a los padres ese descanso; hagan comprender al papá —que a menudo se equivoca en este campo por un malentendido amor hacia los hijos— que lo que necesitan es algo distinto del dinero.

Ahora, llega el momento en que el trabajo del hombre llega al altar de Dios: nosotros ofrecemos al Señor el pan y el vino, fruto de nuestro trabajo. No sólo del trabajo del agricultor que los produjo, sino del trabajo de todos, porque el agricultor necesita, a su vez, las máquinas para trabajar, vestidos para cubrirse. Ofrezcamos todo el trabajo humano: el oculto, de las amas de casa que preparan la comida cotidiana, el de quien está en la cadena de montaje, o en la entrada de una oficina, sentado a un escritorio, o en la calle guiando medios de transporte. Cristo asume nuestro trabajo, lo asocia a su ofrenda redentora y nos lo restituye pronto como “alimento de vida eterna”, como viático para retomar mañana nuestro camino con alegría y esperanza, a la espera de ese “octavo día” sin atardecer que será el descanso eterno junto a Dios.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía a los obreros en Maguncia (16-XI-1980)

– Doctrina social católica. Libertades

“La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sea con vosotros” (Flp 1,2).

La voz de la liturgia nos presenta “ante la presencia de Yavé, que viene, porque viene a juzgar la tierra. Regirá el orbe con justicia y a los pueblos con equidad” (Sal 95/96,13).

La configuración de la justicia humana y la norma que debe aplicarse a la siempre creciente cuestión social, deben ser vistas desde la perspectiva definitiva de la justicia de Dios mismo. La liturgia de este domingo, el penúltimo del año litúrgico, nos ayuda mucho en este sentido.

– Valor santificante del trabajo

En la lectura de la segunda Carta de San Pablo a los Tesalonicenses, el Apóstol trata muy clara y directamente el tema del trabajo humano sobre la base de su experiencia personal como apóstol: “Ya sabéis vosotros cómo debéis imitarnos, pues estando entre vosotros no vivimos desordenadamente, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno de vosotros. No porque no tengamos derecho, sino por daros en nosotros un modelo que imitar” (2 Tes 3,7-9).

Pablo de Tarso unió su misión y servicio apostólico al trabajo, al trabajo manual. Como Cristo unió la obra de su redención al trabajo en el taller de Nazaret, así Pablo ha unido el apostolado con el trabajo de sus manos. Ved el problema del trabajo en la dimensión de la obra redentora y unid el trabajo con el apostolado. La Iglesia de nuestros días necesita de modo especial de este apostolado del trabajo: del apostolado del trabajador y del apostolado en medio de los trabajadores para iluminar esta gran dimensión de la vida con la luz del Evangelio.

La luz de la verdad y del amor de Dios debe brillar sobre el trabajo del hombre. Esta luz no debe ser apagada por la sombra de la injusticia, de la explotación, del odio y de la humillación del hombre.

En la segunda Carta a los Tesalonicenses leemos: “A éstos les mandamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo a que trabajen con sosiego para comer su propio pan” (2Tes 3,12). Brevemente ha expresado el Apóstol este mismo pensamiento en forma lapidaria: “El que no quiere trabajar, no coma” (3,10).

– Fidelidad al Evangelio

En el Evangelio de hoy dice también Cristo: “Él dijo: «Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: ‘Yo soy’ y ‘el tiempo está cerca’. No les sigáis” (Lc 21,8).

Cristo continúa diciendo: “Pero, antes de todo esto, pondrán sobre vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre” (Lc 21,12).

Cristo dice finalmente: “Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios” (Lc 21,14-19).

Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Toda construcción y toda seguridad humana es engañosa: “Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra”. En este mundo todo pasa, sólo Jesucristo es lo permanente. De ahí que el Señor anime a los suyos a perseverar en la búsqueda de la salvación eterna

a pesar de las resistencias, los malos tratos, las persecuciones que, por el testimonio de una vida cristiana coherente, encuentren en el camino.

“Esta espera de un mundo nuevo –enseña el C. Vaticano II– no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana” (GS 39). Por eso S. Pablo advierte en la 2ª Lectura que el que no trabaja, que no coma. Habrá una oposición, en ocasiones muy fuerte, entre la verdad y la mentira, entre el servicio a los demás y la explotación de los más débiles, el amor y el egoísmo... “No tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero”, dice el Señor, pero el trabajo paciente y esperanzado impondrá al final su ley, y “ni un cabello de vuestra cabeza perecerá”.

La revelación de que Dios nos creó para que trabajáramos (Cf Gen 2,15) y que con ese trabajo la criatura humana va santificándose y santificando la vida cotidiana, ha sido una constante en la predicación del fundador del Opus Dei: ***El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de la Humanidad..., medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora*** (San Josemaría Escrivá).

La seriedad en el cumplimiento de los propios deberes no es una simple cuestión de honradez u ocasión de lucro egoísta y vanagloria, es un mandato divino. Ciertamente tenemos en nuestras manos, con ese trabajo, los intereses de muchos, su prestigio, sus economías, sus derechos, algunos –los médicos– su salud y sus vidas. No debemos hacer chapuzas. Pero como ese trabajo interesa a Dios, esa responsabilidad se agranda.

Con ese trabajo santificado y santificador, vamos colaborando con Dios en la progresiva implantación del Reino de Cristo. “Reconociendo que el Reino de los cielos es esencialmente don –dice J. L. Illanes– y don al que se llega después de la muerte, se debe afirmar que, al fin de los tiempos, lo transformado no será un mundo cualquiera, sino este mundo, es decir, el mundo que ha sido conformado por el trabajo y el esfuerzo humano; en otras palabras, los cielos nuevos y la nueva tierra están, aunque oscura e imperfectamente, siendo preparados por el trabajo humano”.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

Creo en la vida eterna

I. LA PALABRA DE DIOS

Ml 4,1-2a: Os iluminará un sol de justicia

Sal 97, 5-6.7-8.9: El Señor llega para regir la tierra con justicia

2 Ts 3, 7-12: El que no trabaja, que no coma

Lc 21,5-19: Con vuestra perseverancia, salvaréis vuestras almas

II. LA FE DE LA IGLESIA

«El juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, El pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación. Y comprenderemos los caminos admirables por los que su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El Juicio final

revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte» (1040).

«La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por su Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna» (S. Cirilo de Jerusalén) (1050).

«A la tarde te examinarán en el amor» (San Juan de la Cruz) (1022).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Los últimos profetas anteriores a la venida de Jesucristo anunciaron «el día del Señor», grande y terrible.

En el Evangelio, a pesar de la brillantez de la entrada de Jesús en Jerusalén, el presagio de la Pasión ya cercana oscureció los últimos días del Maestro en la ciudad santa, que aprovechó para instruir a los discípulos acerca de la próxima destrucción del Templo y la ciudad, así como sobre las persecuciones que acompañarían al nacimiento de la Iglesia, teniendo como perspectiva última el final de los tiempos.

El apóstol critica en la segunda lectura a los que viven sin trabajar, a costa de los demás, con la excusa de esperar la venida del Señor. El, con su ejemplo de vida, les enseña a mantenerse vigilantes, pero con serenidad y laboriosidad.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La vida eterna: 1020.

El juicio final: 1038-1041.

La esperanza de los cielos nuevos y la tierra nueva: 1042-1050.

La respuesta:

Frutos para la vida eterna: 1049-1050.

Venga a nosotros tu Reino: 2816-2821.

C. Otras sugerencias

Las descripciones bíblicas del «último día» hablan de destrucción de lo que es pasajero, y de revelación del único Señor y Dios. ¿Producen temor, o más bien alimentan la esperanza en el Señor que viene? ¿Dónde está nuestro corazón?

La enseñanza de la Iglesia sobre el juicio final y el último día es un mensaje esperanzador (1040 y 1060). Quien vive en Cristo, le espera, y ansía ver a Dios.

Si ese es el fin, a partir de aquí y ahora la vida de cada día tiene una meta que transforma cada paso (Segunda lectura).

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Trabajar mientras llega el Señor.

– **La espera de la vida eterna no nos exime de una vida de trabajo intenso.**

I. En estos últimos domingos, la liturgia nos invita a meditar en los novísimos del hombre, en su destino más allá de la muerte. En la *Primera lectura* de hoy¹ el profeta Malaquías nos habla con fuertes acentos de los últimos tiempos: *Mirad que llega el día, ardiente como un horno...* Y Jesús nos recuerda en el Evangelio de la Misa² que hemos de estar alerta ante su llegada al fin del mundo: *Cuidado que nadie os engañe...*

Algunos cristianos de la primitiva Iglesia juzgaron como inminente esta llegada gloriosa de Cristo. Pensaron que el fin de los tiempos estaba cerca y por eso, entre otras razones, descuidaron su trabajo y andaban *muy ocupados en no hacer nada y metiéndose en todo*. Dedujeron que no valía la pena, dada su precariedad, meterse de lleno en los asuntos de aquí abajo. Por eso, San Pablo les llama la atención, como leemos en la *Segunda lectura* de la Misa³, y les recuerda su propia vida de trabajo entre ellos, a pesar de su intensa labor; les vuelve a repetir la norma de conducta que ya les había aconsejado: *Cuando viví entre vosotros os lo dije: el que no trabaje, que no coma*. Y a los que andan sin hacer nada les recomienda *que trabajen para ganarse el pan*.

La vida es realmente muy corta y el encuentro con Jesús está cercano; un poco más tarde tendrá lugar su venida gloriosa y la resurrección de los cuerpos. Esto nos ayuda a estar desprendidos de los bienes que hemos de utilizar y a aprovechar el tiempo, pero de ninguna manera nos exime de estar metidos de lleno en nuestra propia profesión y en la entraña misma de la sociedad. Es más, con nuestros quehaceres terrenos, con la ayuda de la gracia, hemos de ganarnos el Cielo. El Magisterio de la Iglesia recuerda el valor del trabajo, y exhorta “a los cristianos, ciudadanos de la ciudad temporal y de la ciudad eterna, a cumplir con fidelidad sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico”. Para imitar a Cristo, que trabajó como artesano la mayor parte de su vida, lejos de descuidar las tareas temporales, los cristianos deben “darse cuenta de que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas, según la vocación personal de cada uno”⁴.

Así debe ser nuestra actuación en medio del mundo: mirar frecuentemente al Cielo, la Patria definitiva, teniendo muy bien asentados los pies aquí en la tierra, *trabajar con intensidad* para dar gloria a Dios, atender lo mejor posible las necesidades de la propia familia y servir a la sociedad a la que pertenecemos. *Sin un trabajo serio, hecho a conciencia*, es muy difícil, quizá imposible, santificarse en medio del mundo. Lógicamente, un trabajo hecho de cara a Dios debe adecuarse a las normas morales que lo hacen bueno y recto. ¿Conozco bien estas reglas que hacen referencia a mi trabajo en el comercio, en el ejercicio de la medicina, de la enfermería, en la abogacía..., la obligación de rendir por el sueldo que recibo, el pago justo a quienes trabajan en mi empresa?

– **El trabajo, uno de los mayores bienes del hombre.**

II. La posibilidad de trabajar es uno de los grandes bienes recibidos de Dios, *es una estupenda realidad, que se nos impone como una ley inexorable a la que todos, de una manera o de otra, estamos sometidos, aunque algunos pretendan eximirse. Aprendedlo bien: esta obligación no ha surgido como una secuela del pecado original, ni se reduce a un hallazgo de los tiempos modernos. Se trata de un medio necesario que Dios nos confía aquí en la tierra, dilatando*

¹ Mal 4, 1-2.

² Lc 21, 5-19.

³ 2 Tes 3, 7-12.

⁴ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 43.

nuestros días y haciéndonos partícipes de su poder creador, para que nos ganemos el sustento y simultáneamente recojamos frutos para la vida eterna (Jn 4, 36)⁵.

El trabajo es medio ordinario de subsistencia y lugar privilegiado para el desarrollo de las virtudes humanas: la reciedumbre, la constancia, la tenacidad, el espíritu de solidaridad, el orden, el optimismo por encima de las dificultades... La fe cristiana nos impulsa además a ***portarnos como hijos de Dios con los hijos de Dios***⁶, a vivir un ***espíritu de caridad, de convivencia, de comprensión***⁷, a quitar de la vida ***el apego a nuestra comodidad, la tentación del egoísmo, la tendencia al lucimiento propio***⁸, a ***mostrar la caridad de Cristo y sus resultados concretos de amistad, de comprensión, de cariño humano, de paz***⁹. El trabajo será, además, el medio para acercar muchas almas a Cristo. Por el contrario, la pereza, la ociosidad, la chapuza, la labor mal acabada trae graves consecuencias. ***La ociosidad enseña muchas maldades***¹⁰, pues impide la propia perfección humana y sobrenatural del hombre, debilita su carácter y abre las puertas a la concupiscencia y a muchas tentaciones.

Durante siglos parecía a muchos que para ser buenos cristianos bastaba una vida de piedad sin conexión alguna con la tarea realizada en la oficina, en la Universidad, en el campo... Es más, muchos tenían la convicción de que estos quehaceres temporales, los asuntos profanos en los que un hombre que vive en el mundo está inmerso de una forma o de otra, eran un obstáculo para encontrar a Dios y llevar una vida de plenitud cristiana¹¹. La vida oculta de Jesús nos enseña el valor del trabajo, de la unidad de vida, pues con su labor diaria estaba también redimiendo el mundo. Es en medio de esas tareas donde procuramos cada día ***encontrar al Señor*** (pidiéndole ayuda, ofreciendo la perfección de aquello que tenemos entre manos, sintiéndonos partícipes de la Creación en aquello que ejecutamos, aunque parezca pequeño y de escasa importancia...) y ***ejercer la caridad*** (cultivando las virtudes de la convivencia con quienes están a nuestro lado, prestándoles esos pequeños servicios que tanto se agradecen, rezando por ellos y por su familias, ayudándoles a resolver sus problemas...). ¿Tratamos al Señor en nuestro trabajo ordinario? ¿Le tenemos presente?

– El quehacer profesional, hecho de cara a Dios, no nos aleja de nuestro fin último: nos debe acercar a él.

III. El trabajo no sólo no nos debe alejar de nuestro fin último, de esa espera vigilante con la que la liturgia de estos días quiere que nos mantengamos alerta, sino que debe ser el camino concreto para crecer en la vida cristiana. Para eso, el fiel cristiano no debe olvidar que, además de ser ciudadano de la tierra, lo es también del Cielo, y por eso debe comportarse entre los demás de una manera digna de la vocación a la que ha sido llamado¹², siempre alegre, irreprochable y sencillo, comprensivo con todos¹³, buen trabajador y buen amigo, abierto a todas las realidades auténticamente humanas: ***Por lo demás, hermanos –exhortaba San Pablo a los cristianos de Filipo–, cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza, tenedlo en estima***¹⁴.

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 57.

⁶ IDEM, *Es Cristo que pasa*, 36.

⁷ *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 35.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 158.

⁹ *Ibidem*, 166.

¹⁰ *Eclo* 33, 29.

¹¹ Cfr. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Palabra, 9ª ed., Madrid 1981, p. 44 ss.

¹² Cfr. *Flp* 1, 27; 3, 6.

¹³ Cfr. *Flp* 2, 3-4; 4, 4; 2, 15; 4, 5.

¹⁴ *Flp* 4, 8.

Además, el cristiano convierte su trabajo en oración si busca la gloria de Dios y el bien de los hombres en lo que está realizando, si pide ayuda al comenzar su tarea, en las dificultades que se presentan, si da gracias después de concluido un asunto, al terminar la jornada..., *ut cuncta nostra oratio et operatio a te semper incipiat, et per te coepta finiatur...* para que nuestras oraciones y trabajos empiecen y acaben siempre en Dios. El trabajo es camino diario hacia el Señor. ***Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas***¹⁵.

La profesión, medio de santidad para el cristiano, es también fuente de gracia para toda la Iglesia, pues somos *el cuerpo de Cristo y miembros unidos unos a otros miembros*¹⁶. Cuando alguno lucha por mejorar, a todos favorece en su caminar hacia el Señor. Además, un trabajo bien hecho ayuda siempre al bienestar humano de la sociedad. “El sudor y la fatiga, que el trabajo necesariamente lleva en la condición actual de la humanidad, ofrecen al cristiano y a cada hombre, que ha sido llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de participar en el amor a la obra que Cristo ha venido a realizar (cfr. Jn 17, 4). Esta obra de salvación se ha realizado a través del sufrimiento y de la muerte de cruz. Soportando la fatiga del trabajo en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día (cfr. Lc 9, 23) en la actividad que ha sido llamado a realizar”¹⁷.

En el ejercicio de nuestra profesión encontraremos, con naturalidad, sin querer sentar cátedra, innumerables ocasiones para dar a conocer la doctrina de Cristo: en una conversación amigable, en el comentario a una noticia que está en boca de todos, al recibir la confidencia de un problema personal o familiar... El Ángel Custodio, al que recurrimos tantas veces, nos pondrá en la boca la palabra justa que anime, que ayude y facilite, quizá con el tiempo, un acercamiento más directo a Cristo de aquellas personas que están alrededor nuestro en el trabajo.

Así esperamos los cristianos la visita del Señor: enriqueciendo el alma en el propio quehacer, ayudando a otros a poner su mirada en un fin más trascendente. De ninguna manera empleando el tiempo en no hacer nada o haciéndolo mal, desaprovechando los medios que Dios mismo nos ha dado para ganarnos el Cielo.

San José, *nuestro Padre y Señor*, nos enseñará a santificar nuestros quehaceres, pues él, enseñando a Jesús su propia profesión, “acercó el trabajo humano al misterio de la Redención”¹⁸. Muy cerca de José encontraremos siempre a María.

Rev. D. Joan MARQUÉS i Suriñach (Vilamarí, Girona, España) (www.evangelinet.net)

Mirad, no os dejéis engañar

Hoy, el Evangelio nos habla de la última venida del Hijo del hombre. Se acerca el final del año litúrgico y la Iglesia nos presenta la parusía, y al mismo tiempo quiere que pensemos en nuestras

¹⁵ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 48.

¹⁶ 1 Cor 12, 27.

¹⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, 14-IX-1981, 27.

¹⁸ IDEM, Exhort. Apost. *Redemptoris custos*, 15-VIII-1989, 22.

postrimerías: muerte, juicio, infierno o cielo. El fin de un viaje condiciona su realización. Si quieres ir al infierno, te podrás comportar de una manera determinada de acuerdo con el término de tu viaje. Si escoges el cielo, habrás de ser coherente con la Gloria que quieres conquistar. Siempre, libremente. Al infierno no va nadie por la fuerza; ni al cielo, tampoco. Dios es justo y da a cada uno lo que se ha ganado, ni más ni menos. No castiga ni premia arbitrariamente, movido por simpatías o antipatías. Respeta nuestra libertad. Sin embargo, hay que tener presente que al salir de este mundo la libertad ya no podrá escoger. El árbol permanecerá tendido por el lado en que haya caído.

«Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de Él para siempre por nuestra propia y libre elección» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1033).

¿Te imaginas la grandiosidad del espectáculo? Los hombres y las mujeres de todas las razas y de todos los tiempos, con nuestro cuerpo resucitado y nuestra alma compareceremos delante de Jesucristo, que presidirá el acto con gran poder y majestad. Vendrá a juzgarnos en presencia de todo el mundo. Si la entrada no fuera gratuita, valdría la pena... Entonces se sabrá la verdad de todos nuestros actos interiores y exteriores. Entonces veremos de quién son los dineros, los hijos, los libros, los proyectos y las demás cosas: «No quedará piedra sobre piedra que no sea derruida» (Lc 21,6). Día de alegría y de gloria para unos; día de tristeza y de vergüenza para otros. Lo que no quieras que aparezca públicamente, ahora te es posible eliminarlo con una confesión bien hecha. No puedes improvisar un acto tan solemne y comprometedor. Jesús nos lo advierte: «Mirad, no os dejéis engañar» (Lc 21,8). ¿Estás preparado ahora?

Jubileo de la Misericordia Clausura del Jubileo en las parroquias

RITOS INICIALES

CLAUSURA DEL JUBILEO DE LA MISERICORDIA

23. En el XXXIII Domingo del Tiempo ordinario, a la hora establecida, los fieles se reúnen en la iglesia parroquial.

24. Cuando el pueblo está reunido, el presbítero, revestido con las vestiduras litúrgicas de color verde o festivo, y los ministros se dirigen hacia el altar. El coro y el pueblo pueden entonar el canto del Himno del Jubileo.

25. Llegado a la sede, el presbítero dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R. Amén.

26. Luego, saluda a la asamblea con estas palabras:

La misericordia del Padre, la paz de nuestro Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes.

R. Y con tu espíritu.

27. A continuación invita a la asamblea reunida a alabar a Dios, diciendo:

Bendito eres Señor Dios de nuestros Padres, de generación en generación fiel y misericordioso: en tu grande amor has querido que tu Hijo fuera el rostro visible de tu misericordia hacia nosotros.

R. Bendito seas por siempre, Señor.

Bendito eres Señor Jesucristo, Hijo único del Padre, nacido de Santa María Virgen por nosotros y por nuestra salvación: fiel al plan salvífico del Padre has anunciado y realizado el año de misericordia y de gracia de Dios para nosotros.

R. Bendito seas por siempre, Señor.

Bendito eres Señor Espíritu Santo, luz de los corazones, don pascual para los creyentes, cumplimiento de las promesas del Señor Jesús: eres la misericordia y el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones para revelarnos el misterio del Padre y del Hijo que nos lleva a la verdad entera.

R. Bendito seas por siempre, Señor.

28. El sacerdote introduce la celebración con estas u otras palabras similares:

Queridos hermanos, llega a su fin el Año Jubilar.

A lo largo del mismo hemos experimentado un tiempo extraordinario de gracia y misericordia.

En esta celebración eucarística queremos elevar al Padre nuestro canto de alabanza y nuestra acción de gracias por los dones que nos ha concedido.

Ahora una vez más, antes de acercarnos a estos sagrados misterios, invoquemos el bálsamo de la misericordia, reconociéndonos y perdonándonos mutuamente de todo corazón.

29. A continuación, el sacerdote entona el himno del Gloria a Dios en el cielo y la Celebración continúa de la manera acostumbrada.

LITURGIA DE LA PALABRA

ORACIÓN UNIVERSAL

30. La Oración universal se realiza según el siguiente esquema:

Sacerdote:

Confianto en la misericordia de Dios, nuestro Padre, que por medio de su Hijo nos concede lo que necesitamos para el bien de la Iglesia y de todos los hombres, presentémosle confiadamente nuestras súplicas.

El diácono o lector dice:

Después de la primera petición responderemos: **Por tu misericordia, escúchanos, Señor.**

1. Por la Iglesia, para que anuncie el Evangelio de la Misericordia al mundo nuevo y cambiante en que vivimos. Oremos.
2. Por nuestro Arzobispo, el Cardenal Norberto Rivera Carrera y sus Obispos auxiliares, para que sigan siendo para esta Iglesia de México pastores solícitos y misericordiosos. Oremos.
3. Por los cristianos, para que, renovados por la vivencia de este Jubileo de la Misericordia, continúen sus vidas con una auténtica actitud de conversión y como instrumentos de perdón hacia quien lo necesita. Oremos.
4. Por los gobernantes de nuestro país y nuestra ciudad, para que el Espíritu Santo los guíe por los caminos de la justicia y la reconciliación como fruto de la acción misericordiosa de Dios en el mundo. Oremos.

5. Por los pobres, los afligidos, los abandonados y los que no han experimentado el perdón, para que, habiendo entrado por la Puerta de la Misericordia, sabiendo que especialmente para ellos se ha abierto. Oremos.
6. Por nuestra Iglesia de México, para que todas las acciones realizadas en este año rindan frutos de una auténtica renovación en la mente, en el espíritu y en las acciones. Oremos.
7. Por todos nosotros, para que el Jubileo que hoy clausuramos se continúe en nuestra vida mediante las obras de misericordia corporales y espirituales. Oremos.

Sacerdote:

Padre clementísimo, concédenos practicar la misericordia con alegría, para que tu pueblo experimente tu perdón que se extiende a toda la vida de tus hijos y esté acompañado por la Madre de la Misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

LITURGIA EUCARÍSTICA

RITO DE COMUNIÓN

31. Para la Oración dominical, el celebrante puede decir la siguiente monición:

Oremos al Padre para que su Reino lleno de misericordia, el Reino prometido, venga y se haga realidad plena en nosotros. Llenos de fe y confianza, hagámoslo con la oración que el Señor nos enseñó.

RITOS DE CONCLUSIÓN

AGRADECIMIENTO POR EL AÑO JUBILAR

32. Terminada la oración después de la Comunión, el presbítero invita a la asamblea a dar gracias al Señor por los beneficios espirituales del Año Jubilar. Lo puede hacer con estas palabras, u otras similares:

Hermanos y hermanas, demos gracias con alegría a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque en este Año de gracia nos ha bendecido con tantas bendiciones espirituales en los cielos en Cristo. A todos se nos ha ofrecido un tiempo precioso de misericordia y de conversión.

Expresemos nuestra alegría y nuestro agradecimiento con las palabras de la Virgen María, Madre nuestra, cantando la misericordia de Dios que se extiende de generación en generación; pidamos que Él continúe derramándola sobre el mundo entero como rocío de la mañana.

34. El sacerdote y el pueblo cantan el Magnificat.

VENERACIÓN MARIANA

35. Mientras tanto la imagen de la imagen Bienaventurada Virgen María es incensada por el presbítero.

PUERTA SANTA DEL ALMA PERMANECE ABIERTA

36. El presbítero, en la Sede, dice:

El Confesionario como lugar de la celebración del Sacramento de la penitencia y la reconciliación, continuará siendo la “Puerta Santa del alma” permanentemente abierta a todos los fieles, para que atravesándola se acerquen a través del Sacramento a la Misericordia divina.

37. A continuación, el presbítero se dirige hacia la sede penitencial, abre las puertas del mismo, coloca una estola en señal de la disponibilidad del sacerdote y de su ministerio a favor de la misericordia divina.

BENDICIÓN

38. Habiendo regresado a la sede, el sacerdote saluda a la asamblea diciendo:

El Señor esté con ustedes.

R. Y con tu espíritu.

Luego el presbítero, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice la siguiente oración sobre el pueblo:

Muéstranos, Señor, tu misericordia, y asiste a tu pueblo que te reconoce como su pastor y guía; renueva la obra de tu creación y protege lo que has renovado. Por Cristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre.

R. Amén.

DESPEDIDA

39. El diácono (o el mismo presbítero) despide a la asamblea. Si lo considera oportuno, puede decir:

Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso. Pueden ir en paz.

El pueblo responde.

Demos gracias a Dios.

40. La asamblea se despide alabando y bendiciendo a Dios.
